

Capítulo sobre la Regla de San Benito - CFM - Roma 31.08.2011

No me detengo en el capítulo 2 de la Regla, que trata de la figura del abad, porque lo esencial ya lo he dicho comentando los primeros versículos del Prólogo sobre el padre y maestro que todo monje debe buscar y seguir. Y, de todos modos, al abad lo volveremos a encontrar por todas partes en la Regla.

Hoy quisiera meditar, más bien, en el tercer capítulo sobre la convocatoria de los hermanos a consejo. Es un capítulo que encontramos al inicio de la Regla, junto a los capítulos fundamentales sobre el abad, sobre la obediencia, sobre el silencio y sobre la humildad. Pero, raramente se piensa que el diálogo comunitario, el discutir juntos en comunidad, sea una dimensión fundamental de la vida monástica cenobítica. Tenemos la tendencia a considerar este capítulo de paso, como si fuese una nota práctica a pie de página, un aspecto ocasional en la vida del monasterio. En realidad, está colocado entre los capítulos ascéticos de la Regla, los que enseñan las bases interiores, profundas y estables, de nuestra vocación, las virtudes que después cada monje y monja deben vivir en todo, en cualquier circunstancia y relación, como la obediencia, el silencio, la humildad y la oración.

Esta consciencia, la encuentro raramente en las comunidades. Se busca discutir sobre problemas, sobre todo económicos y prácticos, pero no se cultiva la capacidad de conversación comunitaria como una virtud que luego forma parte de nuestra vida, de la vida de la comunidad. Esto se da también porque, muy a menudo, las tentativas de diálogo común se desalientan frente a las dificultades del mismo diálogo, ante la diversidad de opiniones y los conflictos que surgen con frecuencia. Se tiene la pretensión de que el diálogo comunitario funcione perfectamente desde el primer instante, si no se abandona. No se piensa en que el diálogo, como toda virtud, como la obediencia, la humildad, la oración, es algo que debe crecer, madurar, con paciencia y misericordia recíprocas. A un niño que da sus primeros pasos y cae, nadie le diría: "¡Basta, no camines más!" En cambio, para el diálogo comunitario se hace a menudo así.

San Benito es consciente de esto, y este capítulo sobre la convocatoria de los hermanos a consejo es un pequeño tratado de ascética del diálogo en comunidad, una ascesis a la que estamos llamados todos, no solamente para encontrar la mejor solución a los problemas, sino porque el diálogo es un camino que ninguno puede hacer por sí solo; y san Benito quiere que la comunidad entera haga este camino, sin excluir a ningún miembro, porque si faltase uno solo, la unidad a la que se llegaría dialogando no sería verdaderamente sinfónica, no sería total. Dialogar en comunidad quiere decir que cada uno debe hablar y que todos deben escuchar. El diálogo comunitario pone en evidencia, al mismo tiempo, la unicidad de cada persona y la comunión de toda la comunidad.

El diálogo es una búsqueda común. Se busca juntos la verdad, el discernimiento, la luz sobre un problema. El punto de llegada no es la opinión que uno ya tiene, las ideas que expresa, el discurso que hace, sino un punto de verdad y de unidad que está más allá de todos y hacia el que todos deben avanzar, como buscadores; por lo tanto, con la humildad y la pobreza de quien no posee aún aquello que se busca.

En Bolivia hemos visto buscadores de oro que tamizaban la arena de un torrente. También yo probé a tamizar con un plato y, viendo algo que brillaba, estaba convencido de haber encontrado un poco de oro para salvar la economía de la Casa General. Solo cuando una monja un poco más experta me ha mostrado como son en realidad las pepitas de oro que se encuentran en los ríos he comprendido que lo mío no era oro. Para discernir la verdadera naturaleza de las cosas es necesario buscar juntos y no estar nunca demasiado convencidos de los propios juicios individuales. Es aquello que pide san Benito en este capítulo: “Por lo demás, expongan los hermanos su criterio con toda sumisión, y humildad y no tengan la osadía de defender con arrogancia su propio parecer” (3,4). También el abad, que debe moderar el diálogo y tomar la decisión final, es invitado a esta humildad en varias ocasiones en este capítulo (cfr. 3,2.6.11.13).

Para el hombre formado en la época moderna no es fácil admitir que la verdad la poseemos mejor juntos que individualmente. La verdad, la certeza se convierte en algo nuestro si la encontramos juntos, y para poseerla tenemos necesidad de permanecer unidos a los otros.

En este capítulo de la Regla, se repite a menudo una palabra: la palabra “consejo”. Existen tres etimologías posibles de este vocablo: “saltar juntos”, “hacer silencio juntos” y “sentarse juntos”. Quizá lo mejor sea mantener las tres. La búsqueda del buen consejo es un salto de cualidad en la relación de las personas y de las comunidades con la verdad de la vida. El consejo es un don que cada uno está llamado a acoger en el espacio de silencio que acepta crear ante la palabra del otro, y, a veces, existen silencios comunitarios en los que Dios puede hablar muy claramente. El consejo es un “sentarse juntos” que implica un detenerse, un parar el ruido y la agitación de las cosas que van hacia delante por sí mismas, que van hacia delante sin discernimiento, o porque siempre se ha hecho así. Sentarse juntos permite al cuerpo comunitario descansar y darse los unos a los otros, sobre todo, aquello que se es y no solo lo que se hace.

De todos modos, para san Benito el culmen del consejo es que en él esté presente y hable el Señor: “Y hemos dicho intencionadamente que sean todos convocados a consejo, porque muchas veces el Señor revela al mis joven lo que es mejor” (3,3).

La razón de la necesidad del diálogo comunitario es la razón de existencia de todo el monasterio y de toda la vida monástica: la presencia en medio de nosotros del Señor que nos habla. El diálogo busca al Señor y a su palabra y a su voluntad, como lo busca el Oficio divino, la *lectio*, el silencio, la vida fraterna, la acogida, etc. Se nos pide vivir cada dimensión de la vida humana de modo que en ella el Señor pueda estar en medio de nosotros. Pero, a menudo, se busca esto solamente en el Oficio divino, en la Misa o en la escucha de la Palabra. ¿Por qué no ofrecer también a la venida de Cristo, que hace nuevas todas las cosas, y al don del Espíritu, que renueva la faz de la tierra, el espacio del diálogo entre nosotros y la búsqueda común de la verdad?

P. Mauro-Giuseppe Lepori
Abad General O.Cist.